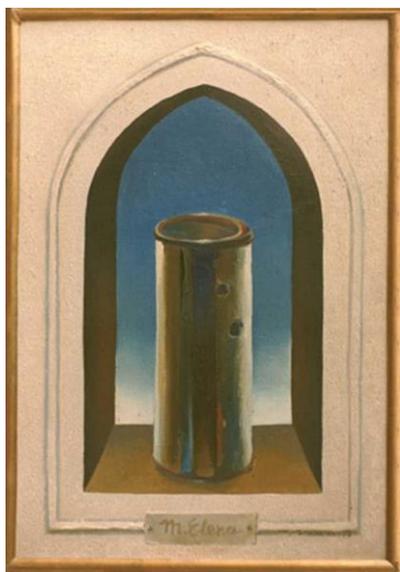


BROZÁLEZ



TITULO: ANTOLOGIA CRITICA

REFERENCIA: NINO BOZZO – SOCIOLOGO

CRITICA: 1980 – CATALOGO EXPOSICION INSTITUTO CHILE
FRANCES DE CULTURA DE VALPARAISO / 01 DE JUNIO

“ El panorama del arte latinoamericano presenta diversas tentativas de una búsqueda de los orígenes por medio de la plástica. Heredera de una tradición mestiza, nuestra cultura ha estado escindida, desgarrada entre las tendencias de la madre tierra indígena, pletórica, fecunda, rica de color y de armonías. La naturaleza irradia majestuosidad desde la espina dorsal de América hasta el mar, al pasar por desiertos, selvas, y de la europea raíz paterna. Su aporte universalista y decantada cultura de siglos, de orden y establecimiento, han servido de modelo y de crisol donde se alojan los centros de los movimientos artísticos de mayor influencia histórica.

Cuando hablamos de “Simbolismo” estimamos que la “Obra de Arte” debería ser al mismo tiempo ideísta–representativa de una idea-símbolo, para expresar esa idea en forma sintética y para proporcionar a esa forma una significación general. Pareciera ser que un sentido simbolista ha estado siempre presente.

El deseo de recurrir a figuras e imágenes empleadas como signos es la preocupación central en la pintura de Guillermo Brozález. Tiene una pintura plana de grandes dimensiones y una paleta abigarrada que en sus cromos y valores, asocia al desierto y la soledad. Quiere aunar “Lo Chileno” a lo “Universal”. Aunque hay valentía en su intensión, al tomar rasgo de nuestra cultura popular, la simplicidad evidente de las formas y de contenidos, entrega su vivencia con los elementos comunes al dolor, la alegría, de lo eterno y de lo inmutable. En su búsqueda de los objetos cotidianos, comunes y corrientes – los envases de conservas – producto de la tecnología y de una nueva forma de vivir y convivir, desechables pero que el ingenio popular de nuestro pueblo lo ha hecho multifuncional; macetero de cardenales puesto en la ventana de una casa humilde de población o villa miseria“, de vaso o cafetera, de vasija para la comida del obrero o del “gañan” nos acerca a la realidad humilde de las grandes urbes contemporáneas donde la movilidad y

Av. Vicuña Mackenna 9984
La Florida, Santiago
CHILE

+569-84639908

contacto@galeriadearte-brozalez.cl

www.brozalez.cl

el anonimato consumen a sus habitantes entre los “tantos laberintos de soledades” que podemos contar en nuestra américa latina criolla y mestiza. Brozález ha hecho del “Tarro” en su pintura una poesía, tomándolo como una nota dentro de una composición. Lo estudia en todas sus posibilidades, como florero de tumba o nicho de cementerio. La sensación de abandono, soledad y miseria contenida nos reitera lo perecedero de la existencia y el aspecto mítico de raíz indígena.

Hay un relato de la pobreza, no de la pobreza del “Pobre de ASIS”, sino de aquella generalizada, producto de una situación de subdesarrollo económico, que la transforma en denuncia, más su pintura está alejada de la simple anécdota verista. Toma elementos de la realidad cotidiana, de esa cotidianidad de la pobreza que asusta, como signo y entrega de su contenido. Este puede darse como parte de una realidad actual, chilena, peruana, latinoamericana, pero también universal dada en los elementos que brinda la cultura material y consumista de nuestro tiempo histórico. Lo evidente de su pintura posee la sencillez de los objetos. Los atriles, los nichos, la cruz, las animitas respiran un hálito místico pero de una religiosidad tánica, subterránea. Llama la atención en la pintura de Brozález su predilección por los elementos que se asocian al Tanátos. Hay toques de surrealismo en los nichos con sus veladuras blancas – sudarios – los tarros puestos sobre fondos oníricos. Una atmósfera sofocada y contradictoria a pesar de la evidente tranquilidad dada por el color.

El aspecto de multiplicidad serial de su obra manifiesta el esfuerzo de recrear, por ejemplo, en los tarros y en los atriles – prefiguración de la cruz de San Andrés – su idea sobre la muerte, la soledad y el abandono de lo humano. La frialdad que entrega el nicho lo atempera con las colgaduras, pero esta conjunción es más de muerte que de vida. De todos los pintores actuales de Chile Brozález es talvés el único que expresa esta tan real vivencia y deleitación con el tema de la muerte.

La construcción plástica con sus cuadros, hecha de modo proporcional, con divisiones geométricas, le da una solidez primitiva que le permite combinar situaciones donde los elementos de tipo literario convertidos a imágenes plásticas juegan en armonizaciones de color, pero debido a su influencia

“muralista” éstos tienen una tonalidad y texturas convencionales, conservando una cierta sutileza en la policromía.

Este aspecto de religiosidad tánica en la pintura de Brozález tiene sus raíces en el culto de los muertos, que es la forma en que los vivos reafirman su creencia en el más allá y en la contingencia de la vida.

Las animitas representan a las almas de los que han muerto en circunstancias trágicas, por lo general accidentes de tránsito o de riñas sabatinas después de largas libaciones. La animita recibe el culto espontáneo de la población popular. Hacen su casita e iluminan sus velas y cirios, flores de papel y en su ingenuidad rezan solicitándole su intersección frente a los santos y ángeles que están en categorías celestiales más altas. Están a la vera del camino, a la orilla de los rieles de ferrocarriles. Hay cierto misterio y poesía en estos mudos testimonios de un destino aciago ya que para el pueblo, estos desconocidos pueblan la constelación de espíritus que mientras no reciban un cierto culto no tendrán descanso en la otra vida y andarán en pena. Brozález ha recogido en sus cuadros, toda la tragedia y al mismo tiempo la esperanza que estos tienen para nuestro pueblo, con colores y composiciones típicas. La imagen de bulto las flores secas y todos los elementos de esta arraigada devoción popular. Lo hace con una luminosidad contenida, la pincelada expresionista, fuerte y de ritmo vigoroso.

Al contemplar la totalidad de su obra deja la sensación de que muerte y vida, como fenómenos cotidianos, se enlazan y se dan en el cuadro de manera plena y limpia como si se diera su extensión con el juego de color, generando una atmósfera de recogimiento frente al misterio.

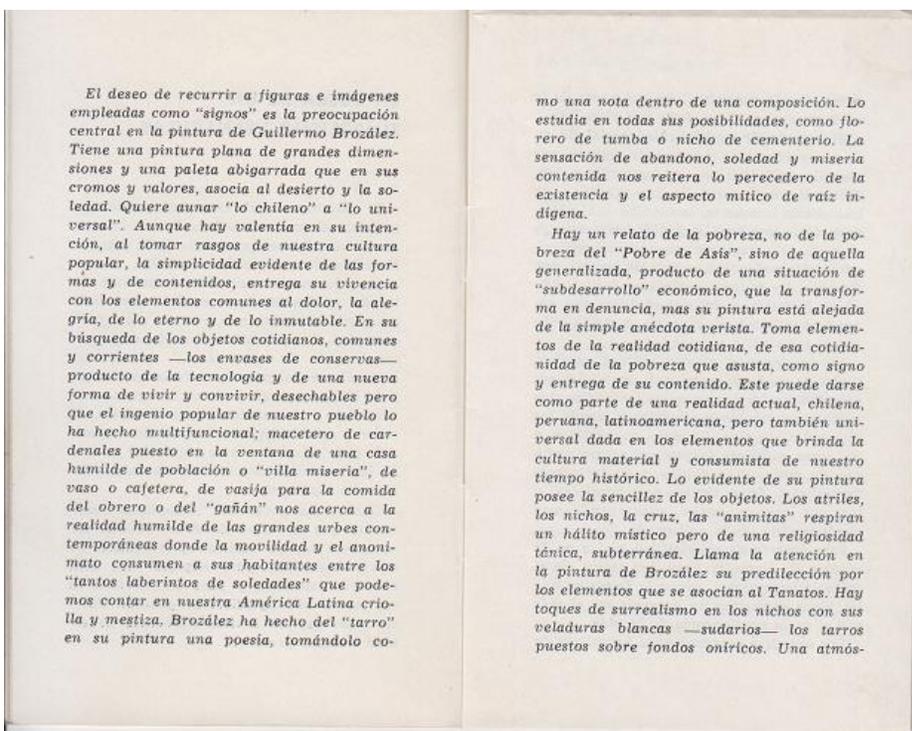
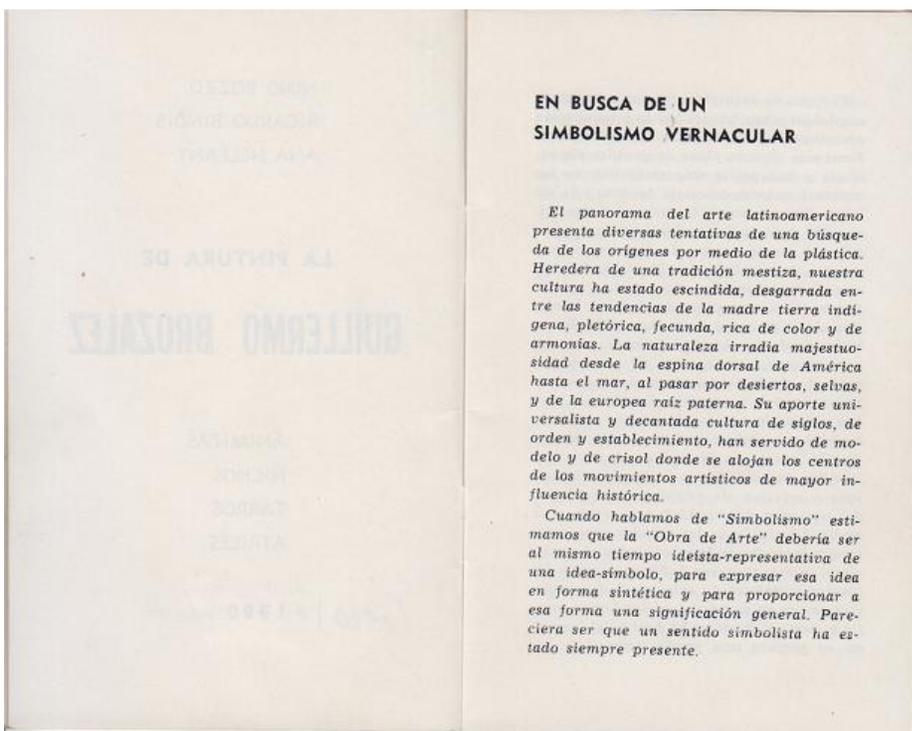
Entre todas las dispares evocaciones que tienen sus cuadros hay un principio ordenador constante y es la cruz, el eje vertical y el eje horizontal que más allá de sí mismo nos trae el misterio del sufrimiento, ya que la cruz es uno de los símbolos más simples y a la vez universales. Especial atención merecen sus atriles, también seriales. Llevan a una conjunción de varios elementos sínicos y en alguno de ellos encontramos la figura tecnológica y sellada por los avatares de la existencia y con la utilización de ese elemento conforma un todo con las series de los nichos y de las animitas. Hay talvés en los atriles una mayor fuerza cromática y también un uso de lo netamente figurativo,

con un mensaje más accesible al público de cualquier latitud, pero también está la presencia inconfundible de lo nuestro, de lo chileno que Brozález expresa en la combinación cromática.

Los resultados, aunque dispares, tienen una dimensión cuya fuerza expresiva conmueve al espectador a replantearse frente a los problemas de nuestra naturaleza ambiental como cultural.”

Por: **Nino Bozzo**

ARCHIVO:



fera sofocada y contradictoria a pesar de la evidente tranquilidad dada por el color.

El aspecto de multiplicidad serial de su obra manifiesta el esfuerzo de recrear, por ejemplo, en los tarros y en los atriles —prefiguración de la cruz de San Andrés— su idea sobre la muerte, la soledad y el abandono de lo humano. La frialdad que entrega el nicho lo atempera con las colgaduras, pero esta conjunción es más de muerte que de vida. De todos los pintores actuales de Chile, Brozález es tal vez el único que expresa esta tan real vivencia y deleitación con el tema de la muerte.

La construcción plástica de sus cuadros, hecha de modo proporcional, con divisiones geométricas, les da una solidez primitiva que le permite combinar situaciones donde los elementos de tipo literario convertidos a imágenes plásticas juegan en armonizaciones de color, pero debido a su influencia "muralista" éstos tienen una tonalidad y texturas convencionales, conservando una cierta sutileza en la policromía.

Este aspecto de religiosidad tónica en la pintura de Brozález tiene sus raíces en el culto de los muertos, que es la forma en que los vivos reafirman su creencia en el más allá y en la contingencia de la vida.

Las animitas representan a las almas de

interceder
interceder

los que han muerto en circunstancias trágicas, por lo general accidentes de tránsito o de riñas sabatinas después de largas libaciones. La animita recibe el culto espontáneo de la población popular. Hacen su casita e iluminan con velas y cirios, flores de papel y en su ingenuidad rezan solicitándole su intersección frente a los santos y ángeles que están en categorías celestiales más altas. Están a la vera del camino, a la orilla de los rieles de ferrocarriles. Hay cierto misterio y poesía en estos mudos testimonios de un destino aciago, ya que para el pueblo, estos desconocidos pueblan la constelación de espíritus que mientras no reciban un cierto culto no tendrán descanso en la otra vida y andarán en pena. Brozález ha recogido en sus cuadros, toda la tragedia y al mismo tiempo la esperanza que éstos tienen para nuestro pueblo, con colores y composiciones típicos. La imagen de bulto, las flores secas y todos los elementos de esta arraigada devoción popular. Lo hace con una luminosidad contenida, la pincelada expresionista, fuerte y de ritmo vigoroso.

Al contemplar la totalidad de su obra, deja la sensación de que muerte y vida, como fenómenos cotidianos, se enlazan y se dan en el cuadro de manera plana y limpia como si se diera su extensión con el juego

de color, generando una atmósfera de recogimiento frente al misterio.

Entre todas las dispares evocaciones que tienen sus cuadros hay un principio ordenador constante y es la cruz, el eje vertical y el eje horizontal que más allá de sí mismos nos trae el misterio del sufrimiento, ya que la cruz es uno de los símbolos más simples y a la vez universal. Especial atención merecen sus atriles, también seriales. Llevan a una conjunción de varios elementos signícos y en algunos de ellos encontramos la figura tecnológica sellada por los avatares de la existencia y con la utilización de ese elemento conforma un todo con las series de los nichos y de las animitas. Hay tal vez en los atriles una mayor fuerza cromática y también un uso de lo netamente figurativo, con un mensaje más accesible al público de cualquier latitud, pero también está la presencia inconfundible de lo nuestro, de lo chileno que Brozález expresa en la combinación cromática.

Los resultados, aunque dispares, tienen una dimensión cuya fuerza expresiva conmueve al espectador a replantearse frente a los problemas de nuestra naturaleza tanto ambiental como cultural.

NINO BOZZO